

**E**N cierto modo, la crisis que atraviesa y desintegra al Partido de los Trabajadores es una crisis ejemplar, no porque sea un ejemplo a seguir, sino porque puede servir de ejemplo y clarificar un proceso más amplio y general que afecta a los trabajadores y a los partidos que ensayan asumir sus intereses revolucionarios.

Son dos los factores aparentes de la crisis: los sucesivos fracasos electorales, por una parte; la imposible soldadura de las dos organizaciones a que deben su origen (el PTE y la ORT), por otra. Pero estos dos factores, sin duda ciertos, exigen a su vez ser comprendidos como efectos de la crisis y no como su desencadenante.

Eladio García Castro, que es un político fino y con olfato, adelanta la crisis interna del partido y plantea en los términos "radicales", tratando de montarse, y aun montar al propio partido, sobre la cresta de los movimientos que hoy se vislumbran como la nueva ola del futuro revolucionario. En una primera aproximación al tema, efectivamente, los movimientos feministas y ecologistas, la rebelión de los jóvenes y de los marginados, aparecen en ascenso, en tanto que la crisis alcanza de lleno a los partidos políticos tradicionales.

Por otra parte, y en el propio seno del Partido de los Trabajadores en Andalucía, Isidoro Moreno toma el toro autonomista por los cuernos y se lanza a la operación quirúrgica de separar a sus huesos del cuerpo enfermo, tratando de encontrar nuevas fuerzas y aun una nueva razón para subsistir en el evidente despertar de la conciencia andaluza, de la ira de un pueblo colonizado y agredido por los señoritos de cortijo y por los especuladores del suelo y de la miseria.

Subversión radical y subversión autónoma son, desde luego, dos ejes para penetrar en el corazón de la crisis; el tercero se manifiesta en el movimiento autonomista que sigue sacudiendo a la clase obrera y que también se encuentra presente en la quiebra del Partido de los Trabajadores al hacer imposible para resolverla la tradicional solución marxista-leninista de las expulsiones de los disidentes y de la represión de las tendencias.

No sólo se trata de que se encuentra en crisis un modelo de organización de la lucha de clases, la organización "marxista-leninista", en la que se articula el partido-vanguardia, que actúa en el campo político, globalizador sobre el esquema interno del



Isidoro Moreno (izquierda) y Eladio García Castro (derecha).

# LA QUIEBRA DEL PARTIDO DE LOS TRABAJADORES

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

centralismo democrático, con las organizaciones de masa concebidas como organizaciones de lucha en campos específicos, parciales o sectoriales, sino de que la crisis alcanza a los presupuestos sociales y teóricos a los que trata de responder este modelo. El problema no se sitúa en cambiar el modelo de organización, suprimiendo, por ejemplo, el centralismo democrático y sustituirlo por una democracia directa, o de cambiar los términos tradicionales de la articulación entre partido y organizaciones de masas, haciendo funcionar la "correa transmisora" en sentido inverso, sino que se encuentra en que estos cambios que aparecen como necesarios evidencian que la estructura interna de la clase obrera ha cambiado, hasta el punto de que no sirve la teoría que la hacía comprensible, ni tampoco, por lo tanto, el modelo de organización de la lucha. Se trata de conocer estos cambios de la clase, de construir o reconstruir la teoría que permita hacerlos operativos para una estrategia y de encontrar, en última instancia, un nuevo modelo de orga-

nización que sea la respuesta actual a los nuevos presupuestos sociales y teóricos.

De una forma esquemática, aunque expresiva, considero que los cambios en la estructura de la clase obrera se derivan, por una parte, del hecho de que el modo de producción capitalista, en su progresivo desarrollo, ha asumido en una gran medida la producción de fuerza de trabajo, es decir, las funciones que con anterioridad realizaba la familia obrera, y ésta ha entrado en una crisis interna de cohesión con quiebra profunda de los lazos de dependencia, de representación y aun de identificación, lazos que con anterioridad permitían al obrero-activo-cabeza de familia representar a sus inactivos dependientes en el seno de la clase y a éstos identificarse como pertenecientes a la clase mediante su identificación con el padre o el marido. Hoy, los movimientos feministas — como la rebelión de los jóvenes y los movimientos estudiantiles — son la expresión de estas profundas fisuras estructurales que afectan a la clase y que plantean cuestiones teóricas, in-

terrogantes estratégicas y modificaciones profundas en el modelo organizativo.

Por otra parte, la crisis energética y de las materias primas, el evidente agotamiento de reservas de fuentes de energía y de materiales no renovables, unido a los efectos contaminantes del desarrollo industrial y del agigantamiento urbano y a los riesgos de destrucción total que acarrean los descubrimientos "atómicos", han afectado profundamente al "sentido histórico" de la clase obrera, cuestionando su protagonismo en el quehacer revolucionario y la interpretación teórica de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas (entre las que se encuentra la clase obrera) y la apropiación de los medios de producción, contradicción que se salva — en la interpretación teórica — mediante la destrucción del obstáculo que se opone al progreso de las fuerzas productivas. Hoy, los hechos que denuncian el movimiento ecológico cuestionan el progreso sin más de las fuerzas productivas, y al hacerlo, plantean serios interrogantes teóricos al concepto mismo de clase obrera y al sentido de su protagonismo en el quehacer revolucionario. Existe de una forma latente, pero actuante, una negativa no ya a las relaciones de producción capitalistas, sino también al desarrollo mismo de las fuerzas productivas contenido en las mismas y a su posible evolución progresiva sin el obstáculo que las relaciones capitalistas le oponen en su camino.

Por último, y siempre dentro de esta exposición esquemática que nos sugiere la quiebra del Partido de los Trabajadores, la clase se ve "sorprendida" por el hecho de que el internacionalismo de la clase obrera, roto ya por los nacionalismos estatales en los primeros años del siglo, se atomiza hoy por la lucha autonomista. La ruptura del modelo organizativo que representaron las Internacionales proletarias se reproduce hoy en los modelos de partidos comunistas nacionales, que no sirve ya un Partido Comunista de España y que el marco de referencia actuante es el andaluz, el catalán o el vasco, que la Historia lleva un camino inverso al previsto.

Desde luego, creo que todo ello exige un profundo replanteamiento del problema, no basta constatar el hecho del feminismo, la ecología o el rechazo del marco del Estado para lanzarse a su oportuna conquista tratando de resolver en su propio provecho la crisis, sino que exige que la clase y sus organizaciones se miren a sí mismas y se autoanalicen antes de hacerse apresuradamente el "harakiri". ■ Foto: CARLOS ORTEGA.